

Dialogar es cosa difícil

Por Lamberto de ECHEVERRIA

DIRIGIR un periódico trae consigo, no puede negarse, algunos malos ratos. Pero trae también satisfacciones, y una de ellas, y no pequeña, es la que se experimenta al lograr algo que durante mucho tiempo se ha venido acariciando con el deseo. Esto nos ocurre hoy, cuando por fin casi todo un número de INCUNABLE aparece destinado al diálogo. Nos alegra haber logrado de nuestros lectores una educación de su sensibilidad y de su gusto, que hace posible este diálogo, siempre tan difícil entre nosotros, los españoles.

COMO en los mejores días del Año Santo, los caminos que conducen a Roma han vuelto a poblarse, y las multitudes han aclamado al Papa con motivo de sus ochenta años. El Pontificado ha demostrado, en la abundancia jamás vista de representaciones oficiales, haber alcanzado su máximo prestigio. Y nuestro corazón de españoles se ha esponjado, ha latido alegre y presuroso, no sólo por la presencia de una misión oficial, sino también por la de una Junta de Homenaje que ofre-

cia al Papa la cierta esperanza de un nuevo Colegio Español, cuya primera piedra bendijo el mismo Pontífice. Y también, por la presencia de un grupo de personas, en el que destacaba la representación de la Asociación de Propagandistas que le ofrecía con celeridad ya inusitada entre nosotros, la primera casa que entre todas las naciones se entrega al Papa al servicio del Movimiento por un Mundo mejor.

ES difícil dialogar entre iguales. Y más si éstos son eclesiásticos. Nuestra mentalidad, acostumbrada durante los años de estudio primero, y después por la predicación, a severos criterios dogmáticos, deformada en cierto modo por el respeto con que se acogen nuestras opiniones, sobre todo en ambientes muy cristianos, propende a hacerse rígida, a pontificar o a dictaminar, más que a dialogar. Existe, efectivamente, un peligro de dogmatismo que nuestra ardiente manera de ser española hace todavía más peligroso. De aquí que el diálogo propenda a agriarse, a hacerse griterío, a no correr por cauces fecundos. De aquí también que muchas veces se propenda a defender, como totalmente inconcusas e indiscutibles, cosas que nada tienen que ver, por supuesto, con el dogma y que están enteramente sometidas a la libre opinión de los hombres.

Sería curioso espigar en el archivo de INCUNABLE, si existiese, cartas en las que algún lector se mostraba maravillado, y hasta dolido, por cosas

(Pasa a la página 2.)



DIALOGO

INCUNABLE tiene ya permanentemente abierta al diálogo una de sus páginas, la primera que leen muchos de nuestros suscriptores: la de «Cartas boca arriba». A esta singular página, bien poco frecuente en revistas sacerdotales españolas y extranjeras, se añade hoy el no menos singular ejemplo de un número casi íntegramente dedicado al diálogo. Diálogo de los colaboradores entre sí, diálogo de los lectores con ellos, diálogo del mismo periódico con todos.

Culmina así una larga, y a veces penosa, labor de educación realizada con terca insistencia por nuestra parte. Por fin, pese a las malas condiciones que nuestra españolísima manera de ser oponía para ello, se ha logrado crear entre la gran familia de los lectores de INCUNABLE un espíritu amplio, que acepta la posibilidad de fuertes razones contrarias a lo que uno ha dicho, que da beligerancia al adversario, que no cede en seguida a la ira al verse contradicho, que prescinde de ver en toda oposición móviles inconfesables y turbias maniobras.

ADVIERTASE que todo esto se ha realizado sin que el periódico haya hecho, al menos dándose cuenta, la más mínima concesión al escepticismo. No es que nos dé todo igual. No es que creamos que todos tienen razón. De ninguna de las maneras. INCUNABLE ha tenido desde el primer momento su propia trayectoria, sus preferencias, sus repugnancias, sus alabanzas explícitas, sus silencios... Algunas cosas, y no nos referimos, como es natural, a las de dogma, pues en cuanto a ellas era ocioso decirlo, algunas cosas formaban parte de nuestro patrimonio y se mantenían siempre. Pero en cuanto a otras muchas expresábamos nuestra opinión esperando contrastarla con la de nuestros lectores. El periódico no puede buscar «quedar encima», no tiene derecho a escamotear una verdad para poder seguir triunfador. Ha de estar al servicio de esa misma verdad, ha de confesar noblemente su error cuando con buenas razones se le demuestra que lo ha habido. Su propia labor viene así a confundirse, a entremezclarse con la de los lectores. Se hace común, se realiza entre todos. Son todos, y no solo el Consejo de Redacción, quienes buscan lo más acertado, someten a crítica lo que se está realizando, apuntan lo que podría hacerse. La obra es común, y común por consiguiente el gozo de verla cumplida.

Y esto es tanto más necesario, cuanto que, como es bien sabido, INCUNABLE ha aspirado siempre a llevar dentro de sí un espíritu auténticamente renovador. Si nos redujésemos a repetir cansinamente lo

que tantas veces se ha dicho, si nuestra manera de hacer el periódico fuese la misma exactamente que se empleaba hace cincuenta años, podríamos aferrarnos a lo que esa tradición nos diese. Pero por estar en constante renovación, por aspirar sistemáticamente a una actitud resuelta de conexión con el mundo moderno, nos vemos obligados a un control, también constante, de lo que nuestros lectores, dispersos por todas partes, aprecien en nuestra labor.

Hay además una razón también muy poderosa que no debe olvidarse: querámoslo o no el ministerio de la pluma está ordinariamente ejercido, al menos entre sacerdotes, por quienes no trabajan en la primera línea. En puestos en que la labor apostólica se hace agobiante resulta muy difícil, por no decir imposible, en la mayor parte de los casos, encontrar tiempo y aparejo para dedicarse a escribir. Por eso este contraste del diálogo con los lectores resulta tan insustituible.

CONCEBIMOS una revista sacerdotal como un auténtico cauce a la vida que fluye. Por eso no puede ni debe quedarse en monumento, bello, bien concebido y trazado, pero inerte. Ha de estar haciéndose siempre. Ha de mantenerse en contacto con las fuentes de la vida. Y ese contacto le viene de los que están sumergidos en ella. Unas veces porque colaboran espontáneamente. Otras porque el choque emocional producido por una opinión leída o un artículo con el que se ha tropezado, han dado ocasión para decidirse a escribir. A escribir en forma sencilla, en carta o en narración somera de una experiencia propia. Pero a contar lo que no es producto de laboratorio, sino que se ha concebido y realizado al aire libre del ambiente en que el sacerdote viene trabajando.

Y así ese contacto con la vida viene a ser garantía de una de las cualidades que con mayos mimo hemos cultivado en INCUNABLE. La de hacer de la nuestra una publicación abierta. INCUNABLE no es de unos cuantos, aunque sean muchos. Es de todos. De los que hoy se asoman a sus páginas en este número dedicado al diálogo. De los seiscientos que colaboraron en números anteriores. De los que sin conocerlos ni habernos tratado personalmente se decidan a escribir en los números que vayan viniendo.

INCUNABLE es como una mesa familiar a la que acuden sus lectores para sentarse un rato. Al poco tiempo, cogido ya el hilo de la conversación, interviene en ella. A nadie le extraña si a veces se alza un poco el tono: es solo señal de que el tema interesa. Pero la unión íntima de caridad afía y ciñe invisiblemente a todos los que participan en la conversación. Todos buscan lo mismo. Todos anhelan y sueñan una misma cosa: que reine Jesucristo. Y en este común afán se resume todo su diálogo.

INCUNABLE

in
cu
na
ble

PERIODICO SACERDOTAL

VOLUMEN II.

Núm. 84 - abril de 1956

EDITADO POR PPC